

# Gente de campo

## Patrimonios y dinámicas rurales en México

Esteban Barragán López  
Editor

Volumen I



El Colegio de Michoacán

GENTE DE CAMPO  
PATRIMONIOS Y DINÁMICAS RURALES EN MÉXICO

Esteban Barragán López  
Editor

Volumen I



El Colegio de Michoacán

## ÍNDICE

<i>Con los pies en la tierra</i> Esteban Barragán López	11
I. FORJAMIENTO Y TRAYECTORIAS DE LAS SOCIEDADES RURALES	
LA GENTE DE CAMPO EN EL PANORAMA HISTÓRICO-GEOGRÁFICO DE MÉXICO	
<i>El mundo rural, diverso y cambiante</i> Patricia Arias	19
<i>La línea de color. Notas sobre la población negra en los espacios rurales y urbanos de la Nueva España</i> Antonio García de León	33
<i>Gente de campo en vías de urbanización</i> Luis González y González	45
II. DIVERSIDAD SOCIOCULTURAL EN EL CAMPO MEXICANO	
ÍNDIGENAS, RANCHEROS, EJIDATARIOS, BURGUESÍA RURAL, JORNALEROS E HIBRIDACIONES CULTURALES	
<i>Nuevo San Juan Parangaricutiro. De la comunidad tradicional a la comunidad de interés</i> Claudio Garibay Orozco	53
<i>La configuración histórica de las comunidades rancheras del noroeste de Chihuahua. Colonia y siglo XIX</i> Jane-Dale Lloyd	65
<i>Los tratos agrarios. Vía campesina de acceso a la tierra</i> Héctor M. Robles Berlanga	79
<i>Río Laja (1936-1970). Uno de los ejidos "rancheros" de Dolores Hidalgo</i> Manola Sepúlveda Garza	95

<i>“Los ricos y la plebe”. Vicisitudes de identidad, política y riqueza entre una burguesía rural marginal, 1942-2001</i>	107
Sergio Zendejas	
<i>Ser jornalero agrícola hoy</i>	135
J. Luis Seefóo Luján	
<i>Afrodescendientes, indígenas, y mestizos, registros y olvidos. El caso de la Costa Chica de Guerrero</i>	161
Haydée Quiroz Malca	
<i>Sobrevivir en el desierto. El proceso de desertificación en el altiplano potosino</i>	183
Isabel Mora Ledesma y Javier Maisterrena Zubirán	

### III. EXPRESIONES CULTURALES DE LA GENTE DE CAMPO

NARRATIVAS, CORRIDOS, ARTE ESCÉNICO, MANUFACTURAS, FOTOGRAFÍA Y VIDA COTIDIANA

<i>Siluetas campesinas en la narrativa rural mexicana del siglo XX</i>	205
Herón Pérez Martínez	
<i>Los refugios rancheros y la marginalización del corrido. Notas de historia cultural mexicana</i>	221
Guillermo E. Hernández	
<i>La representación de la “gente de campo”. Un estudio del poder en la mirada escénica</i>	239
Antonio Prieto Stambaugh	
<i>Artesanías del campo</i>	259
Sol Rubín de la Borbolla	
<i>Indígenas y campesinos en las imágenes de dos acervos históricos mexicanos. El Instituto Nacional Indigenista y el Archivo General Agrario</i>	265
Teresa Rojas Rabiela e Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba	
<i>El Sistema de Consulta del Archivo General Agrario de México. Una nueva herramienta para la historia agraria</i>	271
Laura Ruiz Mondragón	

### Volumen II

#### IV. RURALIDADES EMERGENTES

MUDANZAS DEL IMAGINARIO RURAL Y PROCESOS DE INTEGRACIÓN

<i>¿Sigue siendo católica la gente del campo? Las transformaciones de las identidades religiosas en las sociedades rurales</i>	285
Miguel Jesús Hernández Madrid	

<i>Recursos naturales, pueblos indígenas y negros. Derechos y conflictos</i> Willem Assies	297
<i>¿Por qué necesitamos el campo? La ruralidad y el bienestar social</i> John Gledhill	319
<i>Ruralidad reemergente. Estrategias de vida, producción y agrotecnología en un asentamiento de reforma agraria en el nordeste brasileño</i> Elena Calvo González	343
<i>La integración de una zona rural jalisciense a través de la política social</i> Diego Juárez Bolaños	357

## V. PATRIMONIOS CULTURALES FRENTE A EXPECTATIVAS URBANAS DEL MEDIO Y LOS PRODUCTOS RURALES

### TERRITORIOS RURALES Y PROCESOS DE CERTIFICACIÓN DE MANUFACTURAS

<i>Los cultivadores del Lerma en tiempos de globalidad</i> Brigitte Boehm Schoendube	371
<i>La planeación de “centros turísticos sustentables”. ¿Estrategia prometedora para impulsar el desarrollo rural o ilusión sin perspectiva? El ejemplo de Bahías de Huatulco, Oaxaca</i> Ludger Brenner	397
<i>Entre autonomía y patrimonialización de los territorios rurales del Distrito Federal</i> Thierry Linck	431
<i>El comercio justo. ¿Víctima de su éxito?</i> María Cristina Renard	443
<i>Protección de indicaciones geográficas. Estrategia para el mejoramiento de los hombres de campo</i> Theodore Schultz Hoefflich	459
<i>Experiencia de un encuentro inesperado. La apropiación de una propuesta tecnológica para la producción artesanal con certificación de origen y calidad del Queso Cotija</i> Patricia Chombo Morales	481
<i>El mercado solidario. Reglas de juego y certificación de valores simbólicos</i> Alma Amalia González Cabañas	501

## VI. PERSPECTIVAS PARA EL CAMPO Y SU GENTE

### CAMBIOS EN LAS SOCIEDADES RURALES Y SUS ENTORNOS MEDIOAMBIENTALES FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN

<i>Globalización y seguridad alimentaria en México</i> Luis L. Esparza	517
---	-----

<i>Reorquestar las disciplinas. Una interpretación socioecológica del mundo rural</i> Víctor M. Toledo	535
<i>Las nuevas ruralidades. Forjando alternativas viables frente a la globalización</i> David Barkin	553
SESIÓN PLENARIA. LA GENTE DE CAMPO ENTRE ALTERNATIVAS, POLÉMICAS Y ENFOQUES ACADÉMICOS	
<i>Empoderamiento de la cultura del maíz. Una alternativa</i> David Barkin	575
<i>Los elementos no materiales del patrimonio rural</i> Thierry Linck	577
<i>Gente de campo, cuestiones polémicas</i> Brigitte Boehm Schoendube	581
<i>De la diversidad a la universalidad</i> Cynthia Hewitt	587
<i>La nueva ruralidad requiere investigación interdisciplinaria, interinstitucional e internacional</i> Víctor M. Toledo	589
ÍNDICE ONOMÁSTICO	591
ÍNDICE TOPONÍMICO	599

## GENTE DE CAMPO EN VÍAS DE URBANIZACIÓN

Luis González y González\*

Fuera de los estimables políticos que peroran a mañana, tarde y noche sobre la redención de los campesinos; de algún novelista rezagado que aún escribe ficciones de tema rústico; del cineasta que todavía hace películas de charros y chinas poblanas, ya son muy pocos los publicistas que se ocupan de la gente del campo a la que suele evocarse con el nombre genérico de indios. Todo parece indicar que el tema campestre no está de moda, pese a que muchos viven todavía en el campo y a que la historia de la nacionalidad mexicana está hecha en su mayor parte por campesinos. Por todo esto, me parece exótico y plausible que El Colegio de Michoacán dedique el vigésimo cuarto Coloquio de Antropología e Historia a los gorrudos, a los campesinos. En realidad, Colmich, a poco de ser fundado atendió a la sugerencia de su ilustre consejero Jean Meyer de añadir a los centros de Antropología e Historia el de Estudios rurales que hoy coordina con gran, gran cariño y eficacia Esteban Barragán López, un auténtico hombre de campo y de ciencia.

Cuando buscaba tema para exponer en este coloquio de cuya serie soy asiduo participante desde que arrancó en 1978, pensé en hacer un recuento de las historias mexicanas de asunto rural. También se me ocurrió ocuparme de los novelistas y los poetas mexicanos que se han metido con las costumbres rancheras. También estuve a punto de divagar sobre mi afición infantil, las películas de charros y usos rancheros que fue la parte más sonora de la cinematografía mexicana. Por último, quise volver a la política agraria del cardenismo que trató de uncir la vida campestre al cada vez más poderoso carruaje del Estado y así retirarlo de la tutela clerical. Pero me percaté a tiempo que no podía sacar adelante ninguno de los temas mencionados. Tampoco quise meterme en el socorrido asunto del deslinde entre lo rústico y lo urbano ni debatir sobre la heterogeneidad de lo campestre en el tiempo y el espacio, ni siquiera de la transformación de la ruralidad mexicana en una de las doscientas regiones establecidas por Claudio Stern. Me ceñiré a una minúscula porción que hoy lleva el nombre de municipio de Marcos Castellanos. La usanza ranchera se presta poco a generalizaciones y su servidor sólo sabe cantar el corrido de San José.

Ni el telescopio ni la vista normal me sacará de apuros en esta ocasión. Acudo una vez al microscopio que lleva el nombre de microhistoria para ver lo que miro obsesivamente desde hace cuarenta años: el trozo de tierra al sur de la laguna de Chapala que tuvo intensa actividad volcánica, que apenas mide trescientos kilómetros cuadrados de superficie, que está a dos mil metros de altura,

\* Profesor Emérito del Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Michoacán.

muy cerca del cielo, que exhibe terrenos muy pedregosos y poco atractivos; aquí suelos de tupurí, amarillos en algunos puntos, prietas y pesadas en otros; allá, charandas o tierras rojas de secano y donde quiera teperate, la roca que muchas veces se esconde a sólo un metro de profundidad del suelo que pisamos. Según la clasificación de Köppen el clima de Marcos Castellanos es Cwb, lo que quiere decir que es templado con lluvias fuertes de junio a septiembre. La temperatura mínima es de diez grados centígrados y la máxima de veinticinco. La media pluviométrica es de un metro. Sesenta días del ciclo anual están nublados, pero los otros trescientos exigen el uso del sombrero de alas anchas si no se quieren achicharrar. Según dice mi compadre Jean-Marie Le Clezio se trata de un sitio rodeado de soledad y viento donde se está más cerca del azul y de las nubes grises. “Hay también esta mezcla de leche y de chile”. La capa vegetal que recubre la meseta ondulada es verde y florida durante cuatro meses, menos los bosques de encino colorado y los manchones de sauces y sabinos próximos a los ojos de agua y al río de la Pasión. La predominante es la vegetación de corta estatura: el tepame, el huizache, la uña de gato, el tejocote, la pitahaya, el maguey y el nopal. Entre las plantas ratizas sobresalen la espinosilla, la chía, la marihuana, la jara, la caracuata y los pastizales. El paisaje de ahora exhibe en todas partes la huella del hombre. Leo en Baisné: “Las cercas de piedra están presentes desde la cumbre de la montaña hasta el fondo de los jagüeyes y de los bordos. Los campos de maíz en el verano y los garbanzales del invierno colorean de verde la parte de la naturaleza labrada por terrícolas”. También dejan verse aquí y allá la vaca y el caballo traídos por los rancheros.

Las huellas del *homo sapiens* son recientes. Esto no fue hábitat permanente de ningún pueblo prehispánico. Los mestizos de la Nueva España empezaron a trepar la montaña de Larios en el primer tercio del siglo XIX, durante la guerra de las tincas, encabezada por el padre Castellanos, y sobre todo, en la época de los franceses y de la aurora boreal. Doña Antonia, jugadora empedernida, perdió en una noche una fortuna, la enorme cantidad de cien mil pesos. Para pagar suma tan crecida, los Moreno vendieron a sus antiguos arrendatarios y los pudientes de los pueblos próximos, la parte montañosa de la hacienda de Guaracha. En 1862, el juez de Jiquilpan dio posesión de la hacienda del sabino a don Manuel Arias, a otras diez o doce personas de fuste, una docena de ranchos con buenos pastizales y tierras de labor y a medio centenar de viejos arrendatarios pobretones cincuenta parcelas con agostaderos de segunda clase. Otras cien familias se avecindaron en la parte fraccionada de la gran hacienda en plan de medieros de los compradores. Cosa de doscientas familias o de mil cristianos, repartidos en una docena de rancherías (el Sabino, San Miguel, el Cerrito de la Leña, el Llano de la Cruz, la Rosa, Ojo de Rana, Auchen, etc.), se pusieron a levantar cercas, construir casitas, en su gran mayoría, de muros de bajareque y techos de paja. Todos los vecinos del latifundio fracturado se dieron con gusto a hacerse de vacas y borregos, a cavar loberas atrapadoras de coyotes, a hacer desmontes que se convertirían en maizales. Los hombres a caballo y con sombreros de soyate se encargaban de la ordeña de las vacas de San Juan a Todos Santos y de abrir surcos, depositar granos de maíz y cuidar del crecimiento parejo de las milpas. Las mujeres, todo el año, cocían el nixtamal, lo remolían sobre el metate, echaban las tortillas, sentaban el frijol en ollas de barro, y además de barrer y lavar, cuidaban las colmenas contiguas a la casa y las criaturas que chillaban alrededor del metate. Los niños se encargaban de conducir los chinchorros de ovejas a los mejores paninos, de alzar las milpas en los periodos de escarda y asegunda. Todos los miembros de una familia colaboraban en las cosechas de maíz y de frijol, en la trasquila de los borregos en abril y noviembre, en la capazón de colmenas en mayo, en el blanqueamiento de la cera, en la extracción de aguamiel y en el corte de tunas, duraznos, limones,

aguacates y otras frutas. Entre las familias se tendían matrimonios y compadrazgos. Buena parte del tiempo se la pasaban en bodas, cosechas y herraderos.

Como habitaban en tierra tirando a fría, cometían frecuentemente el pecado capital de la gula y caminaban por veredas pedregosas, eran víctimas de pulmonías, indigestiones y porrazos. Como no eran agachones se peleaban hasta matarse de cuando en cuando. Como eran católicos fervorosos hacían largas caminatas a Cojumatlán y Sahuayo para unirse en matrimonio, bautizar a sus hijos, confesarse, oír misa y enterrar a sus difuntos y curarse de otros dolores anímicos. Para aliviar los dolores del cuerpo usaban yerbas y unturas. Para remediar las enfermedades del alma, tomaron en cuenta la recomendación de un cura de Sahuayo, fueron a Zamora para solicitar del señor obispo la venia para hacer un pueblo donde contarán con un templo, una plaza, un sacerdote, un educador, un camposanto y otros menesteres. En 1888, los vecinos del Llano de la Cruz, con un par de bueyes, trazaron plaza, calles, iglesia y ocho manzanas. Enseguida llegaron a avendarse familias de distintos ranchos. Se repartieron solares y se levantaron casas de muros de adobe y techos de teja, casas con tres partes: la morada, la huerta y el corral. Con la ayuda de chicos y mayores, hombres y mujeres, se construyó el templo y la oficina y la residencia del sacerdote. Se festejó la visita del obispo, la apertura del camposanto, la llegada de madres de una orden religiosa consagrada a la educación de niñas. En un abrir y cerrar de ojos, se hizo una comunidad de mil personas que recibió el apelativo de San José de Gracia. No por eso, los pobladores de un pueblito con calles anchas y empedradas, con caserones, ojo de agua, plaza y panteón, dejaron de ser gente de campo. Los hombres de calzón blanco y sombrero se mantuvieron adictos al caballo, las vacas, las ovejas, el arado, la yunta de bueyes, los azadones, las colmenas, y otros quehaceres rústicos. Las mujeres alivianaron sus tareas con la apertura de un molino de nixtamal. Los niños agregaron a sus tareas auxiliares, la de asistir a la escuela. Algunos, aparte de aprender a leer, escribir y contar, fueron al seminario de sacerdotes. Sin dejar los usos y las costumbres rancheras se contrajeron ciertos modales de la vida urbana: lectura del periódico, pláticas sobre política, uso de pantalón, chaqueta y sombrero chiquito en las fiestas y para retratarse, comida en el comedor, conversa en la sala y expulsión de sobras en lugar secreto. El tiempo del caballo y de la vaca perdura, pero se añade la costumbre de rezar mañana, tarde y noche y de oír misa en la madrugada. Sin perder el campo, se iba con lentitud y altivez hacia el cielo y la ciudad, sin dejar de guiarse por el sol y la luna, en 1910, cosa de mil quinientos cristianos regulaban su conducta por el toque de las campanas.

A los veinticinco años de la fundación del pueblo sobrevinieron los desajustes, las noticias buenas y las noticias malas, el gusto por la caída de don Porfirio y la entrada de Madero, y el disgusto por las tropelías de los fronterizos encarabinados. Mientras unos soñaban en ya no pagar contribuciones, todos se resignaron a los préstamos forzosos. La sequía, el cometa, la mortandad y el robo de ganado se volvieron terribles. Al volcán de Colima le dio por arrojar lava y abundante arena. Fue famosa la visita de un ejército de miles de soldados que saquearon el templo. Cundió el bandolerismo, el chismorreo y la relajación de la costumbre. Al grito de ¡Ahí viene Chávez!, el peor de los bandoleros, la gente salió huyendo en todas direcciones. Los chavistas incendiaron buen número de casas y se fueron. La gente volvió a su patria. Ni la gripe española ni Chávez ni los de la Puntada ni el hambre y otras calamidades evitaron el regreso a la querencia y los quehaceres rústicos.

El quinquenio que siguió a la década calamitosa fue de vacas gordas. Una de las bibliotecas vasconcelianas de cien libros se pone en San José. Soplan aires de paz y de bonanza. Los buenos

quesos vuelven a embarcarse en Tizapán, se trasladan en canoas a Ocotlán y siguen por tren hasta la capital. Don Rafael Haro abre escuela para niños y adolescentes y compone sainetes que se burlan de la bravuconería y las supersticiones. Las madres de Zamora reabren el asilo para niñas. Vino el circo con el que se fue Joselón que medía dos metros con veinte centímetros de altura. Lo increíble, la hacienda del Sabino se puso en venta. Se vendieron más de 200 lotes de 7 a 15 ha a bajo precio, que podía pagarse a plazos con dinero o en especie. La mayoría del vecindario de San José se hizo propietario de sus medios de producción. Todo iba a buen trote hasta que arreciaron los aires de la estatización. Según eso, el estado debía apropiarse de la conciencia ciudadana que estaba en poder del clero católico. El anticlerismo del turco levantó a la gente del campo. Al grito de ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!, cuarenta josefinos, armados con carabinas, rifles y máuseres, se fueron a la guerra. El general Izaguirre ordenó a los mil habitantes de San José que abandonaran su pueblo que sería entregado a las llamas. “Nuestro plazo era muy corto para nuestra retirada”. La mayoría obtuvo asilo en los pueblos próximos y no menos de cien se incorporaron a los cristeros. El general Izaguirre quemó el templo y muchísimas casas. Los cristeros de San José se indultaron en 1929. La gente volvió al montón de ruinas. Los bovinos muy mermados por los robos de la tropa federal. Milpas tristes, ordeñas menguadas, fríos de invierno son los responsables de un malestar generalizado. Con todo San José de Gracia, vuelve a levantar cabeza.

En 1943, los josefinos empiezan una vida nueva. Abren tamaños ojos al enterarse de que una carretera asfaltada cruzará su terruño. La afluencia de fuereños al alza. Además de médicos y comerciantes la carretera conduce hasta San José a gobernantes de nota. Las visitas del obispo se vuelven frecuentes. El pueblo se llena de carteles que anuncian cervezas, coca-cola, ropa, combustibles, remedios, insecticidas y pasturas. Nueve de cada diez campesinos del rumbo visitan México y Guadalajara; es decir, prueban el fruto urbano y les gusta. Asoman los deseos de riqueza, urbanización, tecnificación, movilización, destierro y transtierro. Sobre todo los jóvenes se plantean la disyuntiva de urbanizar a San José o de trasladarse a la urbe.

Allá y ahora, en San José en 2002, no se sabe a ciencia cierta si la sociedad local es rústica o urbana. Aunque está muy cerca de ese número, San José todavía no tiene los quince mil habitantes que piden los demógrafos para declararla ciudad pequeña. Si bien el caserío cubre ya dos kilómetros cuadrados de la ladera oeste de un cerro volcánico, no hay aún ni autobuses ni tranvías que ofrezcan transporte colectivo intramuros. Sin duda, son más de dos mil las construcciones arquitectónicas alineadas a uno y otro lado de calles rectas y de buena anchura, la gran mayoría son casas donde sólo vive una familia. Como quiera ya hay edificios de tres o cuatro niveles que acogen hasta diez viviendas, no sé cuantas oficinas y media docena de changarros. Ya se dispone de un hotel de tres estrellas, con muchas habitaciones. Sin duda, la actividad económica sigue siendo la agropecuaria. Los maizales y las ordeñas de vacas saltan a la vista. De los trabajadores, 25% del municipio viven para y por el ganado y las milpas. Una cifra mayor se ocupa en cinco grandes fábricas de quesos, cremas y yogures y en otras muchas fabriquititas, la mayoría de productos de leche y cera. Otros tantos cubren los servicios: secretarías, comerciantes, choferes, albañiles, profesores, empleados domésticos, policías, etc. La nueva cúpula social la constituyen los funcionarios públicos, los industriales, los portadores de título universitario, el cura y el sacerdote ayudante. Han aumentado los viejos pero ha disminuido su influencia social. Son cada vez menos los niños, pero son muchos más los que asisten a las cinco escuelas de párvulos, tres primarias y dos secundarias. Para la enseñanza media superior se dispone de

un Bachillerato Técnico Agropecuario. Un alto porcentaje de adolescentes y jóvenes, día tras día, van al Tecnológico de Jiquilpan o se ausentan la mayor parte del año para seguir estudios universitarios en Guadalajara. La gente joven da mucho de qué hablar. Los adultos y los viejos no digieren las tres discotecas que se atiborran de jóvenes de ambos sexos los fines de semana, ni tampoco la drogadicción, que por ser secreta no es cuantificable.

Está a la vista que los josefinos aún quieren al caballo y la vaca; se saludan cuando se topan en las calles; madrugan; asisten al templo para oír misa o rezar el rosario; les gustan las charreadas y los mariachis; viven en casas de teja; comen corundas, tamales, minguique, enchiladas, jocoque, queso, dulces de leche y demás antojitos; se juntan en las esquinas donde se fríen chicharrones; se sientan en las bancas de la plaza a contarse nuevas y chismes; tiran balazos al aire; se van al otro lado, y cuentan maravillas de sí mismos. Los visitantes capitalinos se quedan con la idea de que la vida en San José es rural, anticuca, india y fuera de moda.

Los que admiran a muchachas de muy buen ver que se transportan en motos y automóviles y que visten pantalones y minifaldas no ponen en duda su civilidad. Las que miran a los muchachos que corren en camionetas sin sombrero y con tenis en vez de guaraches y zapatos, piensan que se trata de chavos citadinos. Todas las cocinas están rebosantes de aparatos electrónicos y con estufas de gas. Si se valora la existencia de teléfono en más de mil casas, de televisor en las tres mil viviendas habitadas, la computadora en las escuelas y en muchos hogares, el correo electrónico y otras muchas modernidades técnicas, no dudan de la elevada urbanidad de San José. El pueblo en vilo se ha vuelto ciudad en flor. Pero después de todo a casi nadie le importa que los josefinos sean gente de campo con humos e instrumentos de la modernidad o sean gente de ciudad en ciernes. Lo importante en este momento es oír los comentarios de los aquí reunidos.